

Un creyente muy humano

La revista SIC quiere expresar la comunión que lo ligó a su Pastor Juan Pablo II con un sentido homenaje.

Lo que nos conmueve más de su persona es su condición de creyente. El mundo no lo percibió como el dirigente de una institución poderosa guiado por intereses institucionalistas y movido por la lógica que derivaba de ellos. Todos lo sentimos como un gran creyente, como una persona en contacto vivo con Dios, en obediencia a su voluntad y entregado en alma y vida a su misión. Tanto es así que al comprobar, cuando intentó hablar por última vez en el Ángelus, que ya no podía seguir desempeñándola, se murió.

Como transmitió la presencia de Dios, fue tan humano. Se colocó en el plano humano, que es el plano más universal. Y por eso interesó, conmovió e interpeló a todos, no sólo católicos sino creyentes de otras denominaciones cristianas o de otras religiones o a cualquier persona de buena voluntad. Por eso, su capacidad de conectar con las masas. Su gestualidad tan ex-

presiva, que llegaba a todos. Sus gestos de simpatía, de compasión, de admiración y también de advertencia y aun de condenación, no, por supuesto, de personas, pero sí de actitudes y de acciones, eran interpretados certeramente por la gente como expresiones de una humanidad rica que se conmovía por todo lo auténticamente humano y que reaccionaba con lo que veía que ponía en peligro la calidad humana de la existencia individual y colectiva. De la unión con Dios y de la entrega a la misión que él sentía que le había encomendado brotaba su enorme energía para acometer sus múltiples tareas, para ponerse a la altura de los desafíos, para resonar ante todo lo humano y para salir al paso con inquebrantable firmeza a todo lo que menoscabara la humanidad.

No sólo interpelaba a la humanidad que hay en cada persona, sea de la cultura que sea. También se desplazó incesantemente para ponerse en contacto directo con cada cultura, con cada comunidad humana. Se puede decir que sus viajes fue el aspecto de su misión que atendió de manera más personal. En ellos, más todavía que sus discursos, sus gestos, su presencia tan expresiva, sus contactos tan personalizados y las palabras que improvisaba como respuesta a lo que se le presentaba fue lo que quedaba en la gente como huella de un encuentro realmente humano. Pero trascendente humano, humano como hombre de Dios, como su cálido representante.

Su Dios era el Dios de la humanidad porque era el Dios de Jesús. Por eso en sus encíclicas y mensajes, las reflexiones sobre el misterio cristiano siempre desembocan en consecuencias humanas. Es muy característico de su modo de razonar y escribir, esta imbricación de reflexiones desde dentro del misterio dirigidas a creyentes y de consecuencias al alcance de cualquier persona. Tiene un sentido muy profundo cómo desde su modo de reflexionar el misterio cristiano desaguaba en realizaciones humanizadoras. Por eso su primera encíclica se titula *El Redentor de los seres humanos* y otra *Rico en misericordia* y otra *El que ejerce el trabajo*.

Un profeta

La trascendencia de Juan Pablo II reluce en que, siendo Papa, contribuyó decisivamente a derribar el comunismo en su Polonia natal, porque, aunque propiciaba realmente la justicia social (cosa que ha quedado patente ahora en la era del postcomunismo, que es también del imperio de las ganancias a costa de los de abajo y de las mafias) sin embargo convertía a todos en meros ejecutores de lo que decidían unos pocos y así impedían que los ciudadanos se convirtieran en sujetos por el libre uso de su responsabilidad. Pero esa lucha frontal contra el comunismo no lo llevó a convertirse en adalid del capitalismo. Al poner por encima de todo a la persona humana, no se dejó deslumbrar por la victoria del capitalismo occidental sino que criticó sistemáticamente tanto sus excesos como la decadencia humana que está provocando.

Condenó que el único criterio para organizar la vida económica fuera la búsqueda de la ganancia y como consecuencia que no se valorara el carácter humanizador del trabajo humano sino que se lo rebajara a la condición de mera mercancía. Su encíclica sobre el trabajador coincide, desde las fuentes cristianas, con las mejores reflexiones de Marx. Ambos insisten que la obra que sale de las manos del trabajador es la expresión de lo personal de la persona, al ser la objetivación del trabajo humano. Por eso, cuando como consecuencia de la mundialización estaba declinando el poder de los sindicatos, él insistió que había que reconocerlos y apoyarlos.

Condenó sistemáticamente la brecha creciente entre ricos y pobres como fracaso del sistema imperante. Así como manifestó su repulsa por el despilfarro, la ostentación y el hedonismo, tanto porque en sí mismos son expresión de decadencia como porque en una situación donde la mayoría de la humanidad no tiene cómo cubrir sus necesidades mínimas son una falta radical de solidaridad, un insulto imperdonable a la humanidad.

Cuando las potencias una y otra vez se embarcaron arrogantemente

en guerras absolutamente asimétricas y asesinas, es el caso de Europa en los Balcanes y del gobierno de Bush en la guerra del golfo, Afganistán e Irak, el Papa levantó su voz de condena sin atenuaciones. Dijo que en estos momentos históricos la guerra es una derrota de la humanidad. Ningún líder mundial ha condenado tan inequívocamente la guerra. Y además no por conveniencias estratégicas, como a veces lo hacen otros, sino por puro sentido humano. Por eso de lo mejor de su pontificado son los mensajes sobre la paz que dio al comenzar cada año. Siempre son situados y pone el dedo en la llaga de la actitud que humaniza en cada coyuntura. Por ejemplo este año, frente a la obstinación de Bush que sacrifica todo a la seguridad y así vuelve todo radicalmente inseguro, al ponernos en manos de los servicios secretos y de los ejércitos, él insiste: "No te dejes vencer por el mal. Venice al mal a fuerza de bien".

Por este mismo impulso trascendentemente humanista, buscó que la vida prevaleciera sobre cualquier interés y esto de modo sistemático y en todos los campos. Condenó las idolatrías del poder, del tener y del placer como envilecedoras de la persona, más aún como fetiches que sacrifican a otras personas. Y se dedicó a enaltecer a la familia, como célula insustituible de la sociedad.

La exigencia insobornable de justicia, la llamada a la cooperación con el tercer mundo, la apuesta por la coexistencia, el diálogo y la cooperación en pie de igualdad entre los distintos pueblos y culturas son expresiones de su talante profético.

De estos modos tan variados y significativos fue llenando de contenido lo que él había afirmado programáticamente: el camino que debe transitar la Iglesia es el de los seres humanos.

Unión cristiana y colaboración entre las religiones

Este mismo sentido humano y universalista, que en él brotó siempre de su fe cristiana y de su entrega a la misión, lo llevó a la autocrítica repetida y sincera de las diver-

sas actuaciones antievangélicas de la institución eclesiástica a lo largo de la historia, incluso a la petición de perdón por ellas. Es la primera vez que un Papa de modo tan público y solemne reconoce actuaciones no cristianas de la institución eclesiástica, y hasta en concreto de la curia vaticana.

Esta misma dirección verdaderamente evangélica es la que lo llevó a la búsqueda leal, persistente, incluso afanosa, urgida de resultados concretos, del ecumenismo. Así lo han reconocido las Iglesias orientales, con las que ha tenido constantes muestras de deferencia y fraternidad cristiana, empezando por el levantamiento de la excomunió de Focio y Celulario y llegando hasta el ofrecimiento, incluso, de la revisión de los modos actuales de actuación del papado. Respecto de las Iglesias de la Reforma lo más sobresaliente, además de la revalorización del sentido religioso de Lutero, es el acuerdo de Ausburgo con los luteranos respecto de la histórica cuestión tan debatida del mérito y la gracia.

El diálogo religioso, es decir orante, con los líderes religiosos mundiales, el buscar compromisos con las demás religiones en orden a la paz y a la humanización y al respeto de la tierra, son también indicadores de cómo la entrega a la misión lo llevó por sendas de amplitud y de convergencia, ya que estaba convencido de que los creyentes teníamos que aportar humanidad al mundo.

Su densidad personal le dio credibilidad como líder. Por eso no es exagerado decir que era el líder más universalmente respetado.

Una limitación inconsciente

Todo lo humano es limitado. Él también lo fue, pero hay que decir que sus limitaciones fueron inconscientes ya que tuvieron que ver con la estructura que cuajó en su formación. Su límite es su concepción de lo institucional, que por influencia, tanto de su Iglesia polaca preconiliar como del comunismo ambiental en que se levantó, lo concibió siempre como piramidal. Él era asiduo defensor del concilio Vaticano II, pero por esta deformación de su

formación, no cayó en cuenta de que, a nivel eclesial, lo más medular del concilio es la igualdad fundamental de todos los miembros del pueblo de Dios, que debemos llevarnos mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en el ejercicio concreto de la vida cristiana. Los ministerios, también el de Papa, vienen después. El Papa, como los obispos o los presbíteros o los teólogos, es cristiano con los demás y luego es su servidor en el ministerio concreto al que ha sido llamado. Este **ser con** no fue ejercido por él en su ministerio. Por eso, en contra de lo que a él le parecía a nivel conceptual, consolidó sin darse cuenta una institución eclesiástica piramidal, en la que por tanto no fluyó la lógica sinodal sino la institucionalista. Por eso, el poco acierto de no pocos de sus nombramientos y por eso también el acabar en manos de sus colaboradores.

Esta postura inconsciente fue la causa de que muchos "progresistas" le tuvieran una gran animadversión, agudizada por la crítica profética del Papa a lo que a él certeramente le parecía connivencia con un modo de utilizar la razón y la libertad que tenía no poco de decadente.

Por eso así como el Papa fue siempre muy popular a nivel de la gente, dentro de la Iglesia estuvo muy solo porque los movimientos que lo vitoreaban en público, de hecho tenían sus circuitos cerrados. Los progresistas, que tenían que estar de acuerdo con todo lo que hemos señalado, no escucharon su voz porque no estaban de acuerdo con lo eclesial y por las críticas aludidas, insistimos que a nuestro modo de ver, certeras. Y la mayoría de la curia tampoco se hacía eco de lo que él decía porque no compartía lo que hemos expresado sino sólo su visión eclesiástica.

Creemos que el tiempo que pone las cosas en su sitio, se encargará de hacerle justicia, comprendiendo la limitación aludida y admirando lo mucho de realmente inspirado e inspirador de su magisterio personal y doctrinal.

Dios quiera que quien lo siga en el pontificado prosiga lo que hemos indicado de su misión y supere esa limitación inconsciente.